

Crónica parcial de la memoria literaria de la Transición española

Dos años después de los atentados de Atocha, el 11 de marzo del 2004, vemos que desde entonces se desataron procesos sociales y culturales inesperados, que afectaron también a la manera de ver retrospectivamente las décadas más recientes de España y, en particular hoy, se discierne la virulenta dinámica de un debate sobre la memoria histórica de la nación cuyo aspecto central –cifrado en las formas de rememoración de la Guerra civil y sus consecuencias durante el franquismo– salpicó notoriamente a su generalizado silencio y olvido durante los años de la Transición de la dictadura franquista a una monarquía constitucional. Parte del vuelco social y político tras los acontecimientos de Atocha es el rebrote de insatisfacción causado por la amnesia o represión de la memoria de episodios centrales de la historia nacional durante el siglo XX, y precisamente la inhibición mnemónica de la Transición parece confirmar las dificultades que muestra la sociedad española de asumir su propia hipoteca histórica. Si se considera que la pacífica Transición española a un régimen democrático según los parámetros europeos (aunque estuviera llena de incertidumbres y tensiones, tanto políticas como económicas y sociales en general) fue el resultado de un consenso tributario de un pacto de olvido, su valoración crítica hoy en día replantea la necesidad de reivindicar esa memoria reprimida, y ello ha instado a la opinión pública a volver sobre la llaga de cuestiones como culpa y reparación personales o colectivas, indisolublemente unidas a la voluntad de declaración de la verdad histórica silenciada o estratégicamente sobreentendida. Esa exigencia de verdad –reclamada en lugar de una satisfacción de daños por individuos, grupos sociales y sus agentes institucionales– supone el marco de la mirada a la historia más reciente de España desde la sociedad actual, también en lo referente a la Transición.

La perspectiva particular de este volumen que enfoca los discursos literarios en los que, no obstante, se reflejan con naturalidad las huellas de los discursos sociales y sus ideologías subyacentes, incide ciertamente en la condición de palimpsesto de la literatura, y en su potencial testimonial que

la erige en crónica de los tiempos, pero buscando trascender ese estatus. Y es que la idoneidad de la literatura para hacer trabajo de memoria viene dada tanto por la misma estructura de ésta (ya que la memoria histórica se forja también –más allá de la evidencia de los acontecimientos y las personas– a base de narrativización e imaginación) como por la lógica autónoma de su discurso –estético y altamente despragmatizado– que permite reenfocar el subconsciente colectivo, lo privado o públicamente reprimido (su amnesia), así como analizar las prácticas sociales y las construcciones históricas correspondientes con los recursos de la fabulación ficcional, de la *performance* dramática y de la enunciación lírica.

El marco temporal de la Transición se inserta dentro de los límites dados por la muerte del dictador el 20 de noviembre de 1975 y el ingreso de España en la Unión Europea el 1 de enero de 1986. Y aunque ciertos procesos sociales y económicos se fermentaran ya desde hacía unos años, pongamos el 68 por lo emblemático de la fecha en todo el mundo, y aunque la sombra proyectada por la Transición alcanzara las estrategias de autorrepresentación nacional que determinaron los fastos del 92 (*JOO* de Barcelona, *Expo* de Sevilla, con el antecedente de la Feria del Libro en Frankfurt), lo cierto es que en un sentido más estricto los hitos históricos de la Transición vienen dados por las primeras elecciones generales del 15 de junio del 77, la aprobación de la Constitución el 6 de diciembre del 78, la aprobación de los Estatutos de Autonomía y de Normalización Lingüística en Cataluña, Euskadi y Galicia entre 1979 y 1983, así como el golpe de estado en la tarde y la noche del 23 de febrero del 81 y las elecciones que dieron mayoría al Partido Socialista Obrero Español el 28 de octubre de 1982. Dando por descontado la fragilidad y relatividad de todas las coordinadas propuestas y cifrando ese arco de tiempo en nombres, sería sencillo fijar la transición política entre los nombramientos de Adolfo Suárez y Felipe González como presidentes del gobierno (1976 y finales de 1982 respectivamente), pero también sería lícito dejar sentados unos años más de consolidación para la transición cultural y literaria (hasta 1986).

En ese marco temporal tuvo lugar el proceso de ruptura con las instituciones políticas del franquismo y con el horizonte cultural del régimen como punto de partida de un reajuste institucional y social de España a los sistemas democráticos occidentales. En absoluto se trató de un cambio espontáneo, sedimentado en una dinámica de agotamiento de la dictadura, y qué duda cabe que el consenso alcanzado entre fuerzas sociales y políticas tan antagónicas fue fruto de una conciencia de excepcionalidad histórica, por lo que no deba extrañar que de los duraderos resultados de esa

reconciliación derivase un tiempo la extendida idea de su ejemplaridad. Así, por un lado, la euforia del cambio fue una experiencia generacional pero, por otro, históricamente la Transición pronto adquirió estatus fundacional de cara a los discursos políticos, culturales y literarios en la España de hoy ya que supuso la apertura definitiva del país hacia Europa en todos los sentidos. Al mismo tiempo no se debe olvidar que el proceso fue propiciado por las expectativas económicas derivadas de la modernización del Estado y de la integración de España en la Comunidad Económica Europea, ni se puede soslayar que también culturalmente supuso la cimentación de un sistema de mercado y consumo autosuficiente. Los años en que fue erigida esa infraestructura político-social, económica y cultural fueron al principio tiempos de entusiasmo que, no obstante, pronto dieron paso a la experiencia del *desencanto* (palabra clave en el horizonte público a comienzos de los 80 cuyo exponente más característico fuera precisamente el film *El desencanto* con y sobre la saga de los Panero —o *Las bicicletas son para el verano*— de Jaime Chávarri); y así no es extraño que un crítico como Fernando Valls —que tanto ha tomado el pulso a la novela de esos años— haya propuesto un elenco de textos del *desencanto* del que forman parte *La luz de la memoria* de Lourdes Ortiz (1976), *Visión del abogado* de Juan José Millás (1977, se podría añadir *El jardín vacío*, 1981), *Para no volver* de Esther Tuquets (1985) sin olvidar *El pianista* de M. Vázquez Montalbán (1986, cuya primera parte se desarrolla en la Barcelona de 1983; *vid.*, „El boulevard de los sueños rotos“ en *La realidad inventada*, 2003, pp. 44–55). No es obvio subrayar la fuerte tensión creadora desencadenada por las dos vertientes de este proceso de euforia y desilusión que, por supuesto, puede interpretarse tanto a la luz del pragmatismo social (el paso de la utopía al posibilismo, independientemente de que responda éste a imperativos reales o a actitudes hipócritas) como en el sentido crítico de un proyecto no consumado con el consiguiente sentimiento personal de estafa. En cualquier caso —aunque a la euforia siguiera en efecto la resaca— los años 80 marcaron la pauta de una normalización irreversible, que significó asimismo la europeización de España y su reencuentro con América Latina. En este sentido, si la Transición permitió la ulterior consolidación de una sociedad de consumo y mediática con la consiguiente popularización de la cultura, su estallido inicial avino bajo marchamo de contracultura vanguardista y bajo los auspicios de la *movida* madrileña como lanzadera de la convergencia de discursos sociales y estéticos de la Transición (y cuyo lado más bizarro y perturbante lo plasmaron no sólo P. Almodóvar y la cantante Alaska, sino igualmente el fotógrafo Alberto García-Alix y el fundador de la revista *La Luna*, Borja Casany).

No obstante, observando el fenómeno con neutralidad, fácilmente se percibirán las sombras y se tendrán que matizar visiones quizá demasiado optimistas: Huelga aludir a la crónica personal de la *movida* madrileña esbozada por Luis Antonio de Villena (*Madrid ha muerto. Esplendores, ruidos y caos de una ciudad feliz de los ochenta*, Barcelona 2000) o a la emblemática rememoración de Julio Llamazares (*El cielo de Madrid*, 2005) y obvio también recordar las críticas peculiaridades de la Transición en Barcelona (tanto cultural como político-socialmente) de las que son testimonio, p.ej. *La crónica sentimental de la transición* de Manuel Vázquez Montalbán (1985) y *a posteriori* la novela *El ciel del infern* de David Castillo (2000).

Para sistematizar los procesos literarios de la Transición será insuficiente rastrear los hitos literarios de esos años, y poco ayudará echar un vistazo a los premios no comerciales entonces concedidos ya que ello apenas permite esbozar ni la sombra de un canon. Sí que se pueden rastrear felices decisiones como la concesión del Premio de la Crítica al poemario gallego de X.L. Méndez Ferrín *Con pólvora e magnolias* (1976) y a la vanguardista colección de textos líricos *Etiopia* de Bernardo Atxaga (1978), así como a las novelas *El río de la luna* de J.M. Guelbenzu (1981) y *La orilla oscura* de José M. Merino (1985) o al poemario *La caja de la plata* de Luis Alberto de Cuenca (igualmente 1985). Entre los Premios Nacionales poco podría destacarse más que la emblemática novela *El cuarto de atrás* de C. Martín Gaité (1978) y *Passeig d'anniversari* de Joan Vignoli (1985) y, por el contrario, resulta harto significativa la continuidad en el palmarés de autores consagrados como E. Ayala, G. Torrente Ballester o F. Grande. Las obras apuntadas manifiestan sin duda la fractura del horizonte cultural y literario, un antes y un después de la Transición en las literaturas española, catalana, vasca y gallega, pero difícilmente podría afirmarse que, en su conjunto, esas obras encarnen un “espíritu” de la Transición o sean canónicas para la Transición literaria. Tampoco podrá descubrirse una voz que cifrase lo que ocurrió (aunque el ensayo *La España inteligible* de Julián Marías tuviera algo de premonitorio), ni será factible discernir una figura nueva que domine el panorama literario de esos años altamente fructíferos en todos los géneros para las generaciones posteriores; sí acaso podrían mencionarse el creciente prestigio de Juan Benet y ciertas revelaciones como E. Mendoza cuyas novelas más celebradas hasta hoy se publicaron precisamente en 1975 (*La verdad sobre el caso Savolta*) y en 1986 (*La ciudad de los prodigios*), así como la irrupción de Rosa Montero en el panorama literario cuya *Crónica del desamor* (1979) constituyó todo un hito igual que *L'hora violeta* de

Montserrat Roig en Cataluña (1980) que, dentro del marco de la novela escrita por mujeres, pueden ser parangonables con la vigorosa aparición de Pedro Almodóvar y sus primeras películas en el contexto de la *movida* madrileña.

No obstante, el mero elenco de tendencias, obras o autores emblemáticos no posee el valor cognitivo de una arqueología de los discursos literarios a partir de una interpretación de estos datos como síntomas de una constelación irreplicable (en parte ya registrados en el volumen corporativo de A. Amorós et alii *Letras españolas 1976–1986*, 1987). Tal proyecto resultaría sólo factible a través del análisis de algunos textos especialmente representativos y de ciertas transformaciones en el sistema de géneros que permitirían plantear las problemáticas o radiografiar cuestiones discursivas subyacentes a los fenómenos observados y a esos cambios de paradigma. Una primera aproximación –en los términos panorámicos de una crónica generacional– la ofrece Rafael Chirbes con *La larga marcha* (1996, centrada en la dictadura), *La caída de Madrid* (2000, que se abre justamente con el 20 de noviembre del 75) y *Los viejos amigos* (2003) que en su total trazan un fresco de la depresión tardofranquista, el arranque ilusionado de la Transición y la ulterior decepción de los proyectos de emancipación de una generación engañada y decepcionada tras la lucha antifranquista y hasta cierto punto decepcionante por su acomodaticio repliegue o abandono de sus ideales en el transcurso de la Transición.

Sin afán de exhaustividad, cabe igualmente registrar el auge de formas novelescas hábiles para recuperar el recuerdo del final del franquismo y los años de transición como la ficción memorialística (p.ej. la *Historia de un idiota contada por él mismo* de Félix de Azúa (1986); años más adelante valdría también el caso de *La mirada* de José M. Guelbenzu (1988) y *Ardor guerrero* de A. Muñoz Molina (1995), así como otras novelas de Luis Landero. Estas novelas rebajan al nivel de un solo individuo los plantamientos más totalizadores de Rafael Chirbes y, sin duda, suponen un ejercicio analítico mucho más fiable a nuestros efectos que la avalancha de memorias publicadas durante los años de la Transición como *Descargo de conciencia* de P. Laín Entralgo y *Casi unas memorias* de Dionisio Ridruejo, que sobre todo servían para replantear (o justificar) la actuación de los escritores durante el franquismo. Si ese tipo de género testimonial fue característico de los años de la Transición, la escritura autobiográfica suele decir poco sobre la Transición misma (convertida en mero punto de referencia para tamizar el pasado y reconstruirlo en los textos), aunque una arqueología de la escritura autobiográfica de aquellos años depararía contundentes sorpresas (Fanny Rubio y María Luisa Cerrón me indican a este propósito el libro

Una chica llamada Carmen de Carmen Díez de Ribera quien, como secretaria personal de Adolfo Suárez y por tanto a la sombra de sus poderosos protagonistas, aporta claves de los entresijos más personales de la transición política). Pero sí que tiene mayor relevancia heurística la emergencia de obras en que se plasman escrituras minorizadas o reprimidas durante el franquismo. Textos claves en este sentido los aporta la trilogía de Esther Tusquets formada por *El mismo mar de todos los veranos*, *El amor es un juego solitario* y *Varada tras el último naufragio* (1978–80) en los que se articula una voz femenina que rompe tabús identitarios como la homosexualidad. Igualmente, la escritura de género en la vertiente masculina ofrece casos muy significativos para perfilar una memoria literaria de la Transición: valga así el caso de Eduardo Mendicutti quien, en 1988 publicó la novela *Una mala noche la tiene cualquiera* centrada precisamente en las horas del golpe de Tejero y Milán del Bosch el 21 de febrero de 1981.

Como fenómeno sociológico, el auge de la literatura erótica puede considerarse en general como un índice transicional y, en ese contexto, merece la pena poner de relieve la notable aportación de escritoras jóvenes al mercado editorial y la convergencia en ello de todos los territorios del Estado. Basta recordar el caso de *Amorrada al piló* (ya en 1986) de María Jaén, traducido como *El escote*, y las novelas premiadas por el editorial Tusquets bajo la rúbrica de *La sonrisa vertical* entre las que destaca *Malena es un nombre de tango*, primicia de Almudena Grandes.

Los ejemplos aducidos dejan sobre el tapete una cuestión definitoria básica: ¿Qué abarca la literatura de la Transición? ¿Textos en los años de la Transición –1976–1982, máximo hasta 1986– o textos literarios sobre la Transición? Es recomendable que los límites cronológicos propiamente dichos del concepto *Literatura de la Transición* sean más flexibles que la cronología de los eventos políticos, ya que, si no, abarcaría estrictamente solo los años 1976–82. Aceptando en cambio un concepto de transición – más general– que significa un cambio de estado o de paradigma, el estudio de un género literario privilegiado –como es el de la poesía– aconseja en efecto ampliar el margen ya que basta considerar que el acontecimiento más significativo a este respecto en la fase terminal de la dictadura fue la publicación de la antología *Nueve poetas novísimos españoles* en 1971 de J. M. Castellet que implicaba una ruptura a partir de nuevas tendencias expresivas, de referencialización y de subjetivación (posvanguardismo, culturalismo, medialización, constructivismo imaginativo, etc.). Desde esa fractura resultará emblemática la trayectoria de uno de los poetas vinculado inicialmente a la estética novísima (Luis A. de Cuenca) y lo sintomático de un libro como *La caja de la plata*, cuyos poemas datan precisamente de los

años 1979 a 1983 y en los que el discurso poético abraza rabiosamente la narratividad, el contexto urbano, lo cotidiano de la realidad, lo privado, y el lenguaje coloquial entreverado con el de la tradición poética, que da cuerpo a una experiencia a caballo entre la autenticidad y la ironía, abriendo el poema a su general comprensibilidad, pero profundizando así mismo aspectos arraigados en la estética novísima al ampliar los referentes a la cultura popular del cine y la literatura de masas, al mantener recursos expresivos (metáforas, versificación, etc.) de la tradición culta y al dilatar el horizonte de lectura a toda la literatura universal. Y precisamente en 1983 vio la luz la antología *La otra sentimentalidad*, editada por J. Egea, A. Salvador y L. García Montero, que pronto se erigió en el hito que marcó la consolidación de la llamada *poesía de la experiencia* como una de las tendencias poéticas dominantes hasta el fin del milenio.

En una palabra, este caso muestra que –acotando con flexibilidad los límites cronológicos– sí que es factible utilizar con provecho cognitivo las categorías literatura *de* la Transición y literatura *en* la Transición. Legítimo nos parece también recurrir a otra categoría –literatura *sobre* la Transición– aunque fuera ésta escrita años más tarde y aunque sus argumentos novelescos, dramáticos o líricos acoten un periodo más extenso que los 7 años frenéticos, como puede colegirse del caso ya comentado de la trilogía novelesca de Rafael Chirbes. Ya que la perspectiva del Simposio berlinés era la de su memoria literaria, metodológicamente cupieron las tres opciones (literatura *en*, *de* y *sobre* la Transición). Además y en vista de la dilatada recepción académica de ciertos autores y géneros con respecto a las cuestiones planteadas (véase A. Bussiere-Perrin: *Le roman espagnol actuel* (1975–2000), 2001, y Darío Villanueva: *Los nuevos nombres* (1975–1990), *Historia y Crítica de la literatura española*, IX, 1992), y dada también la más amplia resonancia en Alemania de la perspectiva centrada en la literatura española escrita en castellano (*vid.* el libro compilado por Dieter Ingenschay y Hans-Jörg Neuschäfer: *Aufbrüche. Die Literatur Spaniens seit 1975*, 1993, o en castellano: *Abriendo caminos: la literatura española desde 1975*, 1994), el simposio hizo especial hincapié en aspectos teóricos válidos para esbozar problemáticas heurísticamente relevantes, p. ej. enfocando el radio de acción de la memoria, auscultando prácticas individuales o colectivas vinculadas a la identidad, incidiendo en la perspectiva de los discursos literarios minorizados durante el franquismo. También se evitó insistir en temas ya suficientemente estudiados en trabajos anteriores de los participantes (y así remito al excelente volumen y constante referente de estas páginas que editó Joan R. Resina, centrado discursivamente en el tema de la memoria y la amnesia, *Disremembering the Dictatorship*, 2000, del que por su carácter

programático se han dado aquí cabida a amplias partes de su artículo “Short of Memory: the Reclamation of the Past and Spanish Transition to Democracy”; *vid.* más en general el volumen compilado por Inge Beisel, *El arte de la memoria. Incursiones en la narrativa española contemporánea*, (1997). Igualmente no hizo falta insistir en la importancia del género policiaco o novela negra como característico de la literatura de la Transición por haber sido ya convenientemente estudiado –sobre todo a partir de M. Vázquez Montalbán– por el propio J.R. Resina (*El cadáver en la cocina. La novela criminal en la cultura del desencanto*, 1997).

Metodológica y argumentativamente, un reciente libro de Emmanuel Bouju (*Reinventer la littérature. Democratization et modèles romanesques dans l'Espagne postfranquiste*, 2002) supone una de las aportaciones más exhaustivas al estudio de la novela de la Transición propiamente dicha que es sistematizada en sus diferentes contextos hasta conseguir una reveladora radiografía de ella mediante el concienzudo análisis de los modos de institucionalización literaria, estrategias de canonización de obras y autores, trayectoria histórica, referencias literarias y teóricas, paradigmas temáticos dominantes (compromiso, rememoración histórica, modelo de la vida bajo el franquismo, análisis de la formación individual, etc.), técnicas y actitudes narrativas (ironía, experimentación, elementos metapoéticos, etc.). Junto a la monografía de E. Bouju valga reseñar también las aproximaciones más generales a la cultura de la Transición como la de Ramón Buckley (*Narrativa o consumo literario (1975–1987)*, 1996) y la de Teresa Vilarós (*El mono del desencanto. Una crítica cultural de la transición española (1973–1993)*, 1998), o las presentadas por S. Amell/S. Castañeda (*La cultura española en el postfranquismo*, 1988) y J.C. Mainer/S. Juliá, *El aprendizaje de la libertad (1973–86)*, Madrid, 2002.

Uno de los grandes problemas de la herencia de la Transición es la voluntaria amnesia respecto a la hipoteca histórica heredada del franquismo y la contienda que dio origen a cuarenta años de dictadura, cuyo peso más se ha hecho más y más notar desde entonces entre quienes reivindican actualmente la reinstauración de la memoria de los vencidos, muertos y exiliados como entre quienes abogan por la reconstrucción de memorias nacionales alternativas a la exclusivamente española (a veces hasta el punto de exigir una reparación), reclamando un programa de autoafirmación nacional rivalizante con la hegemónica (castellanocéntrica) impuesta por el franquismo. En estos casos, la percepción de la Transición desde el marco de nuestra actualidad corrobora que la Transición silenció también el secuestro o la

usurpación del término y concepto de España por el franquismo y que una sobrecarga de memoria histórica puede suponer un problema tan grande como el de la amnesia. No obstante, la constatación de esa asignatura pendiente de la Transición justifica la búsqueda de opciones de narrativización de la(s) historia(s) nacional(es) en España. Quizá radique aquí la clave de la lucha por el pasado de la literatura más reciente en España ya que la Transición y su literatura dejaron en un espacio demasiado ambiguo esas cuestiones, quizá debido a la dificultad de afrontar una fabulación narrativa coherente de la herencia del franquismo. Así parece comprensible que sea ahora cuando se haya desatado (con retraso) un litigio entre figuraciones novelescas dispares de la Guerra Civil y el franquismo: las discusiones suscitadas por *Soldados de Salamina* de Javier Cercas (2001) y de *Home sen nome* de Suso de Toro (2006) hablan por sí mismas, por no recordar el debate generado por las reconstrucciones revisionistas y tendencias de Pío Moa, especialmente en *Los mitos de la guerra civil* (2003). En cualquier caso la memoria se decanta una vez más como un eficaz instrumento de fabulación y figuración novelísticas, así que en ese sentido lo que hubiera podido considerarse una página dejada casi en blanco durante la Transición emerge veinticinco años después del subconsciente colectivo, entonces reprimido, adquiriendo ahora inusitada actualidad.

Qué duda cabe que la relación entre la Transición y el bienio transcurrido desde los atentados de Antocha es intrínseca y está determinada por una compleja dialéctica. Una de las cuestiones político-sociales más acuciantes hoy en día en España afecta a la reorganización del sistema cultural nacional y la integración en él de otros (sub-)sistemas nacionales dentro de un solo Estado, y ello concierne de pleno a la armonización o litigio de las memorias históricas respectivas. Desde nuestro punto de vista me limito a constatar que la Transición no fue un proceso homogéneo geográficamente ya que las grandes urbes, las pequeñas ciudades de provincia y el campo en general la vivieron gradualmente con distinta intensidad y la consumaron de forma y en términos muy divergentes. También habría que diferenciar entre Movida madrileña y los movimientos culturales de la Transición en otras ciudades, y particularmente en los territorios marcados por señas de identidad cultural catalana, vasca y gallega. Sin duda la Transición posibilitó la institucionalización de esos discursos culturales propios (y también los específicamente literarios minorizados durante el franquismo; *vid. v.gr.* las perspectivas que al respecto traza el volumen *Minorisierte Literaturen und Identitätskonzepte in Spanien und Portugal*, 2001, editado bajo mi dirección). Precisamente la prudente institucionalización de esta problemática tan compleja contribuyó enormemente al crédito social que gozan los años

entre 1976 y 1982 desde entonces en toda España. Pero, como en otras tantas cuestiones, también en este caso se podría vislumbrar una expectativa generada durante la Transición pero aún pendiente de resolución en el cauce de un proceso aún abierto de normalización y europeización.

La Memoria de la Transición literaria debería contribuir a sacar a relucir el subconsciente colectivo y sus facetas reprimidas. Los artículos reunidos en este volumen profundizan las cuestiones planteadas ofreciendo análisis detallados de temas propuestos y problemáticas esbozadas en estas páginas liminares, así como de toda una serie de textos significativos de la Transición en España ya mencionados. No se ha pretendido ser exhaustivo, pero sí ahondar paradigmas claves y hacer hincapié en las representaciones literarias de grupos sociales no hegemónicos y de nacionalidades históricas del Estado menos institucionalizadas que la española. Además, el simposio berlinés abordó la literatura de, en y sobre la Transición (sin soslayar el cine y los espectáculos dramáticos) teniendo muy en cuenta el entronque de la literatura de aquella *década prodigiosa* con las tendencias estéticas y los discursos intelectuales del momento, centrados en el debate sobre la postmodernidad, p. ej. al hilo de los trabajos de G. Navajas (*Teoría y práctica de la novela española posmoderna*, 1987, y otros posteriores que redundaron en aspectos como medialización y globalización, *Más allá de la pomodernidad. Estética de la nueva novela y cine*, 1996, y *La narrativa española en la era global. Imagen, comunicación, ficción*, 2002).

Los huecos en el panorama bosquejado sirvan de acicate para ulteriores estudios que quisieran estimular estas actas del simposio celebrado en el Instituto Ibero-Americano de Berlín del 4 al 6 de julio del 2003. Y así, para finalizar, el preámbulo a las actas, valga mi más sincero agradecimiento a Dr. Friedhelm Schmidt-Welle que se ocupó de la organización del evento, a Daniela Zietemann que ultimó el libro para su publicación y a todas mis colaboradoras en Kiel (especialmente a Inka von Rehden, Franziska Bossy, Annika Maaß y Annette Köhler) que llevaron a buen puerto la empresa alentada desde su inicial gestación por el entonces Consejero Cultural de la Embajada de España en Alemania, Don Pedro José Sanz, y generosamente apoyada por la Deutsche Forschungsgemeinschaft y por el Programa de Cooperación Cultural ProSpanien entre el Ministerio de Cultura/Embajada de España y los Hispanistas Alemanes, que además aportó una subvención para financiar la presente publicación.

Javier Gómez-Montero
Kiel, octubre 2006